

LAFARGA, FRANCISCO; PEGENAUTE, LUIS (eds.)

Creación y traducción en la España del siglo XIX

Berna: Peter Lang, 2015, 488 p.

Relaciones Literarias en el Ámbito Hispánico: Traducción, Literatura y Cultura; 14
ISBN 978-3-0343-2003-0

«Débese por desgracia a los traductores que careciendo de ingenio para crear obras originales las traducen, importando a nuestra patria horribles monstruosidades, que por su misma deformidad, son aplaudidas generalizándose por doquiera, y relajando la moral, las costumbres y la sociedad de la siempre católica y religiosa España.»

Esta declaración en guerra contra la traducción fue proferida, en 1862, por Faustina Sáez de Melgar, a pesar de haber sido una prolífica traductora de folletines franceses, tal como nos ilustra la investigadora Solange Hibbs (p. 214). La paradoja de una traductora que denosta su propia práctica nos permite vislumbrar varias de las aristas que tendrá la traducción asociada a la creación en el siglo XIX español: por un lado, la representación ancilar de la traducción respecto del original, pero también la amenaza de las letras extranjeras, en especial de la licenciosa y moderna Francia, que inunda la escena española con textos y géneros nuevos contra la moral y las costumbres hispánicas; por otro, el rol ambiguo de la mujer que se incorpora al mercado editorial como traductora y también como público lector, consumidor de literatura popular.

Para abordar estos aspectos de apariencia paradójica, el libro *Creación y traducción en la España del siglo XIX* es una novedosa aportación. La obra ha sido coordinada por Francisco Lafarga y Luis Pegenaute, docentes e investigadores de larga trayectoria de la Universitat de Barcelona y de la Universitat Pompeu Fabra, respectivamente, y se ha realizado en el marco de un proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Su labor ha permitido la

realización de un coloquio homónimo en Barcelona en 2014 y la reciente publicación de esta obra conjunta, que cuenta con treinta y un artículos de académicos de distintas universidades de España, así como de hispanistas de Francia, Países Bajos e Italia.

A partir de una perspectiva descriptiva e histórica, el volumen tiene por finalidad contribuir a un mejor conocimiento del sistema literario receptor español del siglo XIX, destacando los agentes que ejercían la traducción, práctica que aún no estaba profesionalizada y que, por lo tanto, se solía combinar con muchas otras tareas. De los múltiples perfiles del traductor decimonónico (los ha habido clérigos, médicos, militares o políticos), los investigadores rescatan principalmente el perfil del escritor-traductor («mediador hiperespecializado», como lo denominan los editores), a fin de establecer las posibles relaciones entre sus escrituras directas e indirectas. Así pues, a partir de retratos de trayectorias singulares, el libro colabora en la construcción de una biografía colectiva de esta figura de doble cara.

A veces se trata de escritores conocidos que traducen a autores de renombre mundial, como es el caso de Shakespeare traducido por Marcelino Menéndez Pelayo, Dickens por Benito Pérez Galdós, De Amicis por el pedagogo krausista Hermenegildo Giner de los Ríos o Goethe por Juan Valera (estudiados por Juan Miguel Zarandona, Giovanna Fiordaliso, Assunta Polizzi y Miguel Ángel Vega Cernuda junto a Elena Serrano Bertos, respectivamente). En todos los casos, los escritores españoles ya consagrados se encargan de la selección de obras de escritores célebres con los que se sienten más cercanos y,

de este modo, aumentan aún más su legitimidad en el campo literario receptor español.

Sin embargo, la mayoría de veces se trata de prolíficos traductores desconocidos, olvidados o poco estudiados (de hecho, estos resultan los epítetos más usados como carta de presentación en los distintos artículos), que traducen buena parte del canon europeo y que también suelen ejercitar su pluma en la prensa o en su propia obra. Así, Alicia Piquer Desvaux investiga la figura del poeta Juan Manuel de Berriozabal, traductor de *Les méditations* y *Les harmonies*, de Lamartine; Irene Atalaya se ocupa del poeta Guillermo Belmonte Müller, traductor de *Les nuits* de Musset. Pero no hubo solo poetas-traductores; también el siglo XIX tuvo productivos traductores de teatro que adaptaron para el público español gran cantidad de obras. Así, José Luis González Subías recupera a Isidoro Gil y Baus, dramaturgo traductor del Romanticismo español; Miguel Ángel Muro se centra en el dramaturgo Manuel Bretón de los Herreros, y en especial en su recreación de *Les enfants d'Édouard*, de Delavigne; Francisco Lafarga analiza la recreación de la obra *Les pilules du diable*, de Laloue, Bourgeois y Laurent, realizada por Juan Eugenio Hartzenbusch en su pieza *Los polvos de la madre Celestina*, y la coteja con otra versión contemporánea a la anterior y más literal: *Las píldoras del diablo*; Luis Pegenaute rescata la polémica sobre las traducciones de José García Villalta, traductor de la segunda versión de *Macbeth*, vertida desde el inglés y adaptada a la versificación española. Otra polémica suscitó José María de Carnerero, crítico, traductor y dramaturgo, sobre el cambio en el gusto de las formas dramáticas a comienzos del siglo XIX; su obra *La huerfanita* (que resultó una traducción de un original francés poco conocido) es analizada por María Jesús García Garrosa, junto con otra de igual procedencia de Teodoro de la Calle, *Blanca y Montecasin*.

Por último, Eva Lafuente analiza cómo se adaptó el discurso antiesclavista en traducciones de las obras *Uncle Tom's Cabin* y *Cora ou L'esclavage* cuando España todavía mantenía la esclavitud en sus colonias.

En el ámbito de la novela —género dilecto del siglo XIX—, Miriam López Santos estudia la traducción de la novela gótica en España y, en especial, *The Abbess: a Romance*, de Henry William Ireland, destacando las modificaciones operadas en sus cuatro traducciones (editadas cinco veces entre 1822 y 1854) con vistas a marcar más la dimensión moralizadora, religiosa y la verosimilitud realista del texto meta. José Enrique García González aborda la manipulación ideológica realizada por el escritor y político liberal Pablo de Xérica en sus traducciones de cinco novelas históricas de Walter Scott. Flavia Aragón Ronsano, por su parte, llama la atención sobre la traducción libre de *La fille Elisa*, de Edmond de Goncourt, en sus ocho versiones españolas, que permitieron la creación de la novela filosófica-fisiológica (género no presente en el texto fuente), con un claro objetivo comercial. Este mismo género fue rescatado por Amancio Peratoner (figura estudiada por Concepción Palacios Bernal), escritor y traductor de Gautier, Zola y Flaubert, interesado por relatos de orden fisiológico propios de una literatura a medio camino entre las buenas costumbres y la pornografía, que mezcla misoginia con picaresca, discurso médico con moralina. Finalmente, los célebres Gautier y Balzac regresan en la traducción del novelista y periodista Rafael del Castillo —analizado por Pedro Méndez—, quien ofrece traducciones cercanas al resumen.

Dentro de este grupo de traductores «desconocidos u olvidados», aún mayor invisibilidad vela a las mujeres. Muchas veces bajo un seudónimo que escondía su identidad, estas se incorporaban como traductoras en la prensa y en el creciente mercado editorial para verter en español novelas por entregas, folletines y literatura

infantil. Algunas mantenían ideas conservadoras, como la antes citada Faustina Sáez de Melgar (mencionada por S. Hibbs, quien salpica con interesantes ejemplos su artículo sobre metodología en los Estudios de Traducción) o Joaquina García Balmaseda (estudiada por Dolores Thion Soriano-Mollá y Helena Establier Pérez), traductora de más de un centenar de novelas populares europeas, sobre todo francesas, para «La Biblioteca» de *La Correspondencia de España*. Balmaseda, quien también fue escritora y directora de *El Correo de la Moda*, adapta para sus lectoras los textos extranjeros ofreciéndoles una lectura más fácil y breve, y refuerza especialmente los aspectos morales y piadosos. Otras mujeres rescatan el carácter idílico rural, como Emilia Pardo Bazán, cuya producción es analizada por Lieve Behiels y, en especial, su prefacio a la traducción de *Ramuntcho*, de Pierre Loti. La investigadora compara este paratexto con la propia producción de Pardo Bazán, que lejos está de un posible *locus amoenus* gallego.

Otras, en cambio, se atrevían a esbozar un feminismo *avant la lettre*, tal como estudia Marta Giné Janer al revisar las traducciones del periódico ilustrado *La Vida Galante*, cuyo objetivo era modernizar España desde el punto de vista moral y científico a través de textos extranjeros. Cabe señalar como feliz excepción a la invisibilidad de las mujeres traductoras el caso de la poeta española y cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (estudiada por Ángeles Ezama Gil), quien tradujo a autores del canon francés como Lamartine o Hugo, pero que también, a través de su participación con traducciones en la revista *Peninsular*, promovió el descubrimiento de la literatura portuguesa, vecina aunque todavía desconocida. En este mismo sentido, destaca la figura de la poeta y traductora gallega Rosalía de Castro, que contó con renombre propio: se autotradujo, así como también tradujo a otros autores, lo que permitió la difusión del pensamiento y la poé-

tica gallega en España (tal como estudia Marfía do Cebreiro Rábade Villar).

Muchos de estos traductores, hombres o mujeres ignotos, fueron los amanuenses no solo de la introducción de autores del canon europeo, sino también de la modernización de las letras españolas al incorporar géneros nuevos de su vecino francés, pero también italiano, inglés y alemán (aunque muchas veces en traducciones indirectas vía el francés), que se publicaban sobre todo en prensa. En ese sentido, varios investigadores se ocupan de analizar las traducciones que abundan en este medio, si bien suele no mencionarse el nombre del traductor. Podríamos distinguir dos tipos de publicaciones: las que buscan oponerse a la modernización y reforzar, en cambio, la representación de una España moral y religiosa y de una mujer hacendosa, modesta y buena madre (resumida en la figura de «el ángel de la casa»), tal como ocurre en las traducciones que aclimatan las marcas extranjeras de los cuentos de los hermanos Grimm, estudiadas por Begoña Regueiro Salgado, publicadas en *La Guirnalda*. Por otro lado, abundan los semanarios con afán cosmopolita moderno como *La Lectura para Todos* (estudiado por María del Rosario Álvarez Rubio), que publica muchas traducciones del francés naturalizando las marcas foráneas aunque conservando galicismos cargados de prestigio. Otras publicaciones agregan humor, de tipo satírico, muy cultivado por la prensa ilustrada francesa finisecular. Esto ocurre con *Juan Rana*, periódico madrileño analizado por Diana Muela Bermejo, que permite la introducción de dos nuevas formas genéricas al campo literario español: la escena dialogada y la escena teatral breve, así como también innova en la representación de los tópicos del teatro francés que se centran en la mujer con cierto desdén misógino, como el adulterio, la lujuria, la frivolidad. Por último, la publicación ya mencionada, *La Vida Galante*, también tiene un doble objetivo: por un lado ganarse el favor del público a

partir de la explotación de los clichés de la época; pero por otro luchar contra los prejuicios conservadores sobre el sexo y el erotismo.

La estrategia de traducción que se desprende de los ricos y minuciosos análisis antes expuestos es la naturalización a la propia cultura de llegada. Se trata de traductores adaptadores o *reescritores*¹ que, con el objetivo de aclimatar los textos, tienden a recortar las largas partes de descripción y a conservar los nudos argumentales; por otro lado, suelen amplificar el color local español, hasta llegar incluso a borrar el nombre de los autores originales (esto ocurre sobre todo en el teatro de entretenimiento y en las novelas de folletín, géneros cuyos autores no gozaban de tanta legitimación).

Si bien no cabe duda de que el traductor-escritor es el perfil privilegiado por el presente libro, cuatro artículos ilustran la figura del traductor que ha realizado otras tareas asociadas a la religión o a la ciencia, justamente dos grandes discursos muy frecuentes en todo el siglo XIX. Por un lado, Pere Gifra-Adroher retrata la labor del clérigo valenciano Luis Montfort, quien además de escritor fue traductor no solo de textos píos sino también de literatura gótica, con un objetivo de intervención pedagógica; si bien esta última fue leída como entretenimiento por los nuevos lectores.

La ciencia social es cultivada por Nemesio Fernández Cuesta (figura estudiada por Juan F. García Bascuñana), quien además de traductor ejerció su oficio de lexicógrafo e historiador. La ciencia

«dura», por su parte, es objeto de interés en el siglo XIX, sobre todo, en su vertiente higienista, correctora de los hábitos de las gentes. En ese sentido, Susana María Ramírez Martín estudia las exitosas traducciones en España y América Latina de la obra del suizo Samuel Tissot, padre de la medicina social. Por último, Carmen Ramírez Gómez llama la atención sobre la labor traductora de Alfredo Opisso y Viñas, médico y editor, quien tradujo autores de ficción como Mérimée, Pushkin o Turguénev (a través del francés), al tiempo que traducía y escribía textos sobre ciencia de marcado positivismo.

En síntesis, *Creación y traducción en la España del siglo XIX* nos propone una sugerente y cuantiosa variedad de ejemplos de «traductores hiperespecializados», estudiados minuciosamente en su doble faceta de escritor/a y traductor/a; análisis que permite acercar la instancia de creación a la práctica de la traducción, e ir en contra de su representación subsidiaria. Así pues, el presente volumen resulta una valiosa aportación para los Estudios de Traducción que ponen el acento en la figura del traductor, reciente gesto epistemológico que ha permitido humanizar la disciplina sin caer en subjetivismos,² y colabora activamente en la necesaria construcción de una prosopografía de importadores de literatura extranjera que pueblan la historia literaria española.

Laura Fólica

Universitat Pompeu Fabra



1. Noción propuesta por André Lefevere. *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Frame*. Londres, Nueva York: Routledge, 1992.
2. Tal como plantean Andrew Chesterman («The Name and Nature of Translator Studies») y Antony Pym («Humanizing Translation History»), *Hermes. Journal of Language and Communication Studies*, 42 (2009), pp. 13-22 y 1-26, respectivamente.